

# Lo que sea de cada quien

## Víctor Hugo Rascón en el hospital

Vicente Leñero

—¿Crees o no crees en Dios? —preguntó mi esposa Estela a Víctor Hugo Rascón.

—Creo en Dios si me alivia —le respondió Víctor Hugo.

Ciertamente la religión no era su materia, aunque para un hombre que se pasó casi 20 años luchando a brazo partido contra la muerte, el asunto le resultaba insoslayable. No lo podía evadir. Se topaba con él en cada crisis.

—A ver, háblame de Dios —me pidió una tarde.

Estábamos en su cuarto del hospital ABC en una de las tantas temporadas en que lo enclaustraban ahí durante meses. Yo solía visitarlo todos los lunes y platicábamos —si él estaba en condiciones— o permanecíamos en silencio: él desde su cama de enfermo, yo a su izquierda, en el sofá forrado de plástico.

Me sorprendió la petición. Nunca he tratado de catequizar a nadie ni de convertir a los amigos a la fe que me persigue desde la infancia.

—Te voy a contar la historia de Job —le reviré.

—¿Cuál Job?

—El de la *Biblia*, ¿cuál otro?

Intenté resumir la leyenda de aquel hombre recto y honrado que temía a Dios y evitaba el mal —dice el Antiguo Testamento—, pero antes de concluir la primera prueba a que lo somete el Tentador, Víctor Hugo ya no quería saber nada de los padecimientos de ese justo varón. Me interrumpió. Quería contarme algunas anécdotas relacionadas con la religión que refirió luego —con algunas variantes a lo que yo recuerdo— en su libro *¿Por qué a mí?*

—Hace unos días, una amiga de Sogem me mandó a un sacerdote que yo no le había pedido. Llegó aquí todo vestido de negro, muy solemne, y me dijo que venía a confe-

sarme y a ponerme los santos óleos. ¿Te imaginas?

—¿Y qué hiciste?

—Con buenos modos lo mandé a la chingada. Le dije que no necesitaba confesarme, que yo no era un pecador ni le hacía mal a nadie. Soy un hombre bueno, normal —le ganaba la risa a Víctor Hugo; me pidió que le subiera el espaldar de la cama—. ¿Te imaginas? Y luego eso de los santos óleos. Qué santos óleos ni qué nada. Yo no me iba a morir. Yo iba a salir vivo de aquí, por mi propio pie. ¡A la chingada!

Otra tarde, Luis de Tavira le envió a uno de sus amigos jesuitas. Según me contó Víctor Hugo, éste no trató de confesarlo ni de darle la extremaunción. Sólo iba a conversar. Pero en lugar de hablarle de Dios se puso a hablar de sí mismo. Era un cura moderno apasionado por el baile: el danzón, el tango, el *rock*, la salsa. Todos los jueves iba a bailar a un salón público con mujeres mayores de cuarenta “para evitar chismes”. Y del baile, no de Dios, se pasaron la tarde conversando.

Por fin, el domingo anterior a ese día de mi visita se presentó en el cuarto del hospital un hombre mayor de traje negro, alto. ¡Otro cura!, pensó Víctor Hugo.

—Pase, padre —le dijo resignado.

—Yo soy padre, pero no de la Iglesia; soy padre de Toño Crestani —le aclaró el hombre de negro.

Según Víctor Hugo —no lo contó así en su libro—, el padre de Toño era algo más que un tanatólogo. Tenía un don del que se asombraba él mismo: el don de la sanación. Visitaba enfermos terminales, charlaba con ellos, los aliviaba milagrosamente.

Algo ocurrió en aquella visita al hospital del padre de Toño, porque el miércoles de esa misma semana me sorprendió encontrar a



Víctor Hugo en *El Péndulo* de Nuevo León. El lunes, los médicos estaban muy lejos de darle de alta —el doctor Javier Pizzuto se veía preocupado—, y dos días después el enfermo ya estaba en el piso alto de la librería, acompañado por Laura Zapata y José Caballero, discurriendo eufórico sobre el próximo montaje de su más reciente obra de teatro: ésa del secuestro de Laura Zapata, precisamente. Se veía entero, vuelto a la vida, con energía para defender escenas que Caballero quería suprimir y Laura-personaje ampliar. No me enteré al detalle, ni me importaba la discusión. Me importaba, me asombraba ver ahí a Víctor Hugo feliz por su próxima aventura teatral.

Aunque trató de hacerme participar en el alegato, yo no acepté, por supuesto.

—¿Cómo que te dieron de alta? —le dije—. Si apenas el lunes...

—Pues ya ves.

Cuando salí esa tarde de *El Péndulo*, atolondrado, comenzaba a lloviznar. Me sentía convencido de que había ocurrido un milagro, de que Víctor Hugo Rascón había sanado para siempre. ■